

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA



Fernando Olavarría Gabler

50



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL BRUJO
ARRIBA DEL TEJADO
Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

Fernando Olavarría Gabler



EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

Desperté sobresaltado. En la mesa del velador mi reloj despertador marcaba las cuatro y media de la madrugada. Alguien caminaba sobre el techo de cinc en mi casa de campo. Eran unos pasos desordenados de zapatos, de hombre. Agregado a esto, se oía un ruido como si estuvieran barriendo con una escoba. Como los ruidos no terminaban, me asomé por la ventana y miré si había alguien arriba del techo pero el alero de la casa me dejaba ver solamente las estrellas rutilantes en una noche azul oscura excepcional, como nunca en mi vida había visto. Era un terciopelo magnífico cuajado de brillantes.

-¿Hay alguien allá arriba?

Silencio...

Los pasos y el barrido cesaron. Entonces, impaciente, me calcé las zapatillas de levantar y con mi gorro de dormir y mi camisón flameando al viento salí al jardín. Sobre el techo había un hombre vestido de negro, llevaba un sombrero alón y calzaba gruesas botas de cuero. La escoba con que barría era la tradicional escoba chilota hecha de “calineja” que le da una forma cónica y no aplanada a la parte que barre.

-Oiga usted- le dije- ¿cómo se le ocurre estar barriendo el techo de mi casa a estas horas de la noche? ¿Acaso no sabe que son las cuatro y media de la madrugada? ¿Quién le dio permiso?

-Permítame que me presente. Mi nombre es Benedetto

Aritmético, y soy un brujo, de los mejores en esta región.

-No conozco a ninguna persona de apellido Aritmético-respondí- y bájese ya porque puede doblar las planchas de cinc.

-Continúo- respondió el brujo impasible. Cuando usted me increpó, indignado, no eran las cuatro y media de la madrugada sino las cuatro y treinta y un minutos; la calculé con la vista al comparar mi posición con la estrella Sirio que usted está viendo arriba de su nariz.

-¡No sea insolente y bájese de una vez o llamaré a la policía!

-Calma, calma, ya me bajo, pero antes terminaré de barrer esta superficie cerca del caño de la chimenea. Su tejado estaba repleto de hojas de ese gran pino que está más allá del prado. El viento trae las hojas que son similares a palos o filamentos y estaban obstaculizando los canalones de lluvia.

-Tiene razón- murmuré. En la última lluvia se chorrearon las paredes y entró el agua por los marcos de las ventanas.

-Gracias a los canalones destapados- respondió el brujo. Ahora todo andrà bien.

-¿Cuánto le debo por su trabajo, señor...?

-Benedetto Aritmético- respondió el brujo dando un salto y con la escoba en una mano cayó suavemente de pie frente a mí.

-Quisiera darle excusas, si usted me lo permite- dijo el brujo con una sonrisa amable. Lo que usted desconoce, es que por varias

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

noches yo he reposado sobre el techo de su casa con el fin de buscar un lugar apropiado para contemplar el estupendo cielo estrellado que se avista en este lugar. Créame, es una sensación maravillosa, pero me di cuenta de que pasado un tiempo el techo estaba sucio con estos filamentos provenientes del pino insigne y decidí limpiar tanto el techo como los canalones, pero usted se despertó.

-Bueno, eso es cosa aparte- repliqué más tranquilo al darme cuenta de que el brujo con que me había encontrado era una buena persona y además bien educado.

-Dígame, Benedetto ¿qué hacía allí arriba todas las noches, antes de ocurrírsele barrer las planchas de cinc?

-¡Ah! Es una sensación muy placentera- respondió el brujo emocionado, dando un largo suspiro.

Medito en lo equivocados que están mis colegas de estas tierras ya que se dedican tanto a hacer el bien como el mal, y otras veces solamente el mal. Eso está prohibido por las leyes celestiales. No se puede mezclar a Dios con el diablo. Traté de convencerlos pero me echaron de “La Mayoría”, con insultos y pifias amenazándome de muerte. Desde entonces he venido a contemplar el universo en el tejado de esta casa. De su casa. Medito sobre todas las cosas malas que he hecho en mi vida y me arrepiento de ellas. Quizás, como un impulso inconsciente de borrar mis pecados, siento la necesidad de barrer la basura limpiando el techo de hojas.

-¿Ha pecado en demasía?- me atreví a preguntar esbozando una sonrisa con cierto dejo burlón.

-No se complazca con mis defectos- replicó el brujo, adivinando con gran maestría mis sutiles pensamientos. Mi vida empezó a mancharse en 1470, en plena época del Renacimiento. Créame, yo asistí con gran alegría a la escena cuando quemaron en una pira a Savonarola. Florencia estaba pletórica de sabios y artistas, especialmente pintores. Rebozaba en belleza y lo pasábamos muy bien. Asistí a menudo al palacio de Lorenzo el Magnífico. Allí conocí al joven Michel Ángelo y a Sandro Botticelli que era ocho años mayor que Leonardo Da Vinci... Yo, era un loco por la aritmética...

-Es por eso que cuando iba a la escuela tuve clases de Aritmética- interrumpí.

-Así es- continuó el brujo-, esas lecciones derivan de mi apellido. Pero es hora de irme; amanece y no me agrada que me vean volando sobre la ciudad ¡Adiós! -Diciendo esto el brujo se elevó montado en su escoba y se perdió por encima del bosque vecino a mi casa.

-¿Lo veré otra vez?- me pregunté.

-Eso depende de usted- oí una voz. Nos encontraremos en la próxima noche que esté estrellada.

Las noches siguientes no estuvieron despejadas y sentía

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

curiosidad por tener noticias de las andanzas del brujo. Hasta que una noche, sin ninguna nube, mientras paseaba por el jardín antes de irme a dormir, me encontré con un gato negro sobre el tejado, éste maulló y dando un salto llegó al pasto junto a mí. Caminó parsimoniosamente con la cola en alto, como lo hacen los gatos cuando quieren lucirse y ¡plop! Se convirtió en Benedetto Aritmético.

-¡Asombroso!- Exclamé.

-Nada de ello- respondió el brujo. Es algo habitual del que practica la magia amarilla.

Mi maestra en el arte de transformarse en diversos animales fue la hechicera Yema. Sus hijas, Clarisa y Cascarina no lo hacen del todo mal, hasta pueden transformarse en las más abigarradas transmutaciones de animales que su madre nunca ha podido lograr. Yo me casé con Clarisa pero aburrida de mis caprichos y excentricidades, huyó transformada en un pajarito. Opté, entonces, por Cascarina, que es de un tremendo mal genio, hasta el día de hoy.

-Estimado Benedetto, desde la última que lo vi, me he quedado pensando en sus visitas al tejado de mi casa. Recuerdo que usted me manifestó que en ese lugar entraba en un trance de sublime emoción, pero a lo que usted se refirió fue a su vida pecaminosa y sus correspondientes arrepentimientos y no creo que todo aquello sea tan atractivo para pasar innumerables noches sobre un techo de cinc.

-Después de la tempestad viene la calma- dice el refrán. Eso lo dice todo. En esa calma purificadora descubrí que su casa está en el punto exacto de referencia donde la estrella Sirio centra su rayo primario vertical hacia el polo terrestre donde se inician las capas superpuestas de infinitas dimensiones, en gran parte desconocidas por mi persona.

Al ver Benedetto mi cara de extrema estupidez, por no entender nada de lo que decía el brujo, éste prosiguió. Me explico: El mundo en que vivimos es un núcleo central; de allí somos y nos comportamos como terrestres, pero alrededor de ese mundo hay otros más que nos rodean o mejor dicho nos cubren. Son otras dimensiones concéntricas y superpuestas cuyo número me es desconocido. Sospecho que son infinitas. Es como si viviéramos en el centro de una cebolla que está formada de capas superpuestas y que podríamos fácilmente visualizar si la cortamos por la mitad.

Mis cálculos matemáticos y astronómicos llegaron a la conclusión que, por el techo de su casa, observando a Sirio, se pueden atravesar estas dimensiones y llegar quizás, al cielo de Dios.

-Estimado Benedetto, ¿no cree usted que sus ambiciosos proyectos de viaje lo pueden transformar en un mosquito ardiendo en el interior de una caldera, al igual que Ícaro?

-De ninguna manera señor, Federico (con no poco asombro supe que conocía mi nombre). Mi ideal no es igualar a Dios sino

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

llegar hasta Él. Yo, en vida, como lo hacen los santos. Un factor común en todos ellos es un inmenso amor a Nuestro Señor. Mi amor hacia Él no es tan perfecto como los místicos y está mezclado de una inquietud científica.

Aunque no seamos capaces de llegar hasta la esplendorosa región donde habitan los santos, lo invito a explorar las otras regiones subyacentes, pero antes debo entrenarlo para poder avanzar en etapas sucesivas. Iniciaremos esto -si usted desea- en viajar por encima de la ciudad, luego, en una segunda lección, aplicaremos los beneficios y el placer de la magia amarilla y después iniciaremos el viaje por la línea de Sirio y quien sabe cual será el término de nuestra aventura.

Diciendo esto el brujo desapareció, y yo me quedé solo en el jardín.

A lo lejos se oía el cantar de los sapitos en el estanque.

Pasaron varias noches antes de que apareciera Benedetto. Esta vez bajó volando por encima de los árboles montado en su escoba. Aterrizó frente a mí sin perder el equilibrio, doblando ágilmente las rodillas para amortiguar la caída. ¡Vamos! -me dijo-. Es la primera lección. Deberá equilibrarse en el aire. Lo invito a subirse atrás delante de las ramas de la escoba. Afírmese bien con las manos y eche el cuerpo hacia adelante- me ordenó antes de partir.

-Despegaremos suavemente y luego a mayor velocidad. ¡Siga

las inclinaciones de mi cuerpo!-me gritó- ¡Piense que va en una bicicleta! ¡Es el mismo equilibrio!

Las sensaciones que tenía en esos momentos eran de gran felicidad y al mismo tiempo de bastante miedo. Pensé que podría girar sobre el eje de la escoba y quedar boca abajo o que la altura pudiera vencerme mediante el vértigo, pero no fue así, pronto disfrutaba con mi amigo un magnífico vuelo con paisajes rodeados de bosques, playas, islas, volcanes y un cielo maravilloso.

-Volaremos por encima de esas luces que ve allá al fondo, me dijo el brujo.

-¿Qué ciudad es esa?, pregunté alborozado.

-¡Es Puerto Montt! Me respondió. Afírmese porque vamos a descender. El brujo inclinó la escoba y yo hice bastante esfuerzo para no caer sobre las espaldas de Benedetto. Pronto volábamos lentamente y a baja altura en un vuelo horizontal. Las casas y los seres humanos se veían pequeños, y allá abajo, los buques atracados en Angelmó parecían botes de juguetes.

Atravesamos el canal de Chacao y llegamos a Chiloé. Iniciamos un vuelo rasante sobre prados cultivados y bosque virgen. Pasamos por encima de varios pueblos y aterrizamos cerca de una casa solitaria, en pleno campo.

Hasta allí llegó nuestro viaje.

-Le voy a presentar a mi mujer- dijo el brujo apeándose de la

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

escoba. Yo también me bajé y nos aproximamos a la casa que estaba con las luces encendidas. Por la puerta iluminada apareció una mujer con un cucharón en la mano. Lucía un pañuelo en la cabeza y las mangas de su blusa estaban arremangadas. Un hermoso delantal floreado cubría por delante su gorda silueta.

-¿Dónde has estado bribón? Gritó desde el umbral. ¡La sopa se enfría! ¿Por qué has tardado tanto?

-Estaba paseando sobre la ciudad con mi amigo Federico-respondió el brujo.

-¡Miserable! Gritó la mujer. ¿Tú, paseando con los amigos? ¡y yo aquí esperándote impaciente!

-No te enojas mi amor.

-¿Cómo no me voy a enojar con tu comportamiento?, y avanzando hacia el brujo lo golpeó varias veces con el cucharón. ¡Toma! ¡Toma! ¡Me pones de mal genio! ¡Granuja! ¡Distraído insoportable!

El brujo se defendía con ambos brazos y le decía a Cascarina que me había invitado a cenar. Como Cascarina lo seguía golpeando, Benedetto optó por darle besos en las mejillas y en todo el rostro; esto cambió el genio de la mujer que se transformó de inmediato en una alegre y simpática gorda. Entonces me presenté y Cascarina, sonriendo, me invitó a entrar.

-¡Ay! ¡Estas mujeres! Suspiró Benedetto. Han nacido para el

amor, y viven para el amor. Su fin principal en la vida es la conservación de la especie humana en este mundo. Su punto débil es el amor. Ahí tienes Federico, los resultados.

Cascarina nos sirvió una aromática sopa de papas, huevos y cebollas, de la cual me repetí dos platos. De sobremesa, mientras bebía café, me atreví a plantear el tema de la magia amarilla.

-Es una ciencia muy antigua, dijo Benedetto. También los chamanes americanos la emplean desde hace milenios.

-Pero, ¿Cuál es el mecanismo?, pregunté.

-Como usted sabe, expresó Benedetto, ya el concepto de los átomos creado por el filósofo Epicuro, no es la última etapa de lo definitivo, como tampoco los electrones, protones y neutrones. Estamos en la etapa de los quantas, pero más allá de éstos existen partículas más pequeñas aún, que se trasladan a una velocidad imposible de imaginar. Si uno actúa mediante secretas leyes físicas sobre ellas y las reordena en nuestro organismo, podemos conseguir un cambio en el aspecto físico de la persona. Se necesita mucha práctica para ello, y Cascarina, como hija de Yema, mi suegra, es experta en este arte.

Cascarina se había retirado a la cocina a lavar platos y ollas y hacía bastante ruido al chocar las ollas con el lavaplatos. De repente hubo silencio en la cocina; vi que un pequeño animal venía hacia nosotros, era una hermosa ardilla que corrió hacia la mesa del

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

comedor y saltando sobre una silla llegó encima del mantel. Allí, sentada en sus patas traseras se refregó la cara con sus patitas delanteras y después se acicaló la cola.

-He ahí a mi mujer transformada en esta linda ardilla, Federico. Usted le ha caído bien porque cuando encuentra simpáticas a las personas le gusta transformarse en este animalito.

Yo miraba asombrado esta increíble escena, mientras Benedetto tomaba café y encendía un cigarro habano.

-Es hora de dormir- me dijo, echando pesadamente el humo por la boca.

-Estoy bastante lejos de mi hogar, ¿Cómo puedo llegar hasta mi casa? Pregunté intranquilo.

-No se preocupe. Usted se irá volando transformado en un pelícano; y, diciendo esto, se levantó de su asiento, abrió de par en par las ventanas de la sala de estar y aproximándose a mí me retiró la taza de café que recién había terminado y sopló humo sobre mi cabeza.

No entendí las palabras cabalísticas que pronunció. Yo estaba sentado en un sofá y, perdiendo el equilibrio caí de cabeza sobre la alfombra, traté de levantarme y di unos cuantos aletazos, entonces me di cuenta de que mi cabeza estaba muy pequeña y mis mandíbulas se habían alargado transformándose en un descomunal pico de pelícano, con bolsa y todo.

-¡A volar!- ordenó el brujo, y yo, dando un agrio graznido me lancé por la ventana abierta y emprendí un vuelo en plena oscuridad. En un principio me desplazé sin rumbo fijo pero luego vi una lucecita azul delante de mí que me orientaba. Era cuestión de volar tras ella. La seguí sin titubear hasta que aterricé frente a mi casa. La luz azul desapareció y me vi convertido en humano. No tenía la menor duda de que la luz azul era Benedetto que me había guiado.

Esta es la segunda lección, oí una voz en mi interior. La próxima será por el valle de los espíritus y la quebrada del tiempo.

Me fui derecho a la cama bastante preocupado. ¿Hasta dónde este amigo Aritmético podía llevarme?

Era necesario reconocer que el poder mental de este personaje era enorme y su sabiduría prodigiosa.

Me acosté al lado de mi mujer y me quedé profundamente dormido.

Al día siguiente desperté impresionado al observar a mi esposa que estaba a mi lado. Me di cuenta de que tenía un moño de plumas blancas, similar a los de las cacatúas australianas. Ella se echó a reír al verme a mí con un moño de plumas rojas, como esos pajarillos de alas grises y pechuga blanca que se llaman cardenales. Al explicarle que probablemente todo esto se debía al efecto tardío de la magia amarilla aplicada sobre mi persona la noche anterior, se llenó de asombro y acariciándome el moño rojo de cardenal me

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

manifestó que aunque había cambiado de aspecto me amaba igual.

Poco tiempo después los moños habían desaparecido y no volvieron a manifestarse.



Esta vez apareció Benedetto montado en una mula.

Atardecía, y bajándose del animal me invitó a subir al tejado. Traje una escala y nos sentamos apoyados en la chimenea, buscando en el cielo rosado la estrella Sirio. ¡Allí está! Exclamó, indicando con el brazo en alto.

-Prepárese Federico, para la tercera lección.

Después de decir esas palabras nos elevamos del techo y desaparecimos...



“Volábamos” o “nadábamos” en una dimensión ingravida, como lo hacen los cosmonautas o los paracaidistas en caída libre. Íbamos con los brazos y las piernas abiertas pero con la diferencia que no caíamos porque nos desplazábamos hacia adelante. El mundo que nos rodeaba era de un intenso y múltiple colorido. Me

imaginé que navegaba a través de las luces de un calidoscopio. Se escuchaban numerosas melodías que se mezclaban entre sí. Esta sensación era maravillosa y sobrepasaba la capacidad de mis sentidos. Benedetto, que iba más adelantado, se puso junto a mí y me explicó que estábamos atravesando la dimensión de las vibraciones musicales y cromáticas que sólo algunos cerebros privilegiados la pueden captar y transmitir al mundo mediante sublimes obras de arte pictórico o composiciones musicales. Esta dimensión es vecina o tangente a la de los espíritus que rodean y acompañan a los seres humanos, con el fin de estar cerca de ellos, de amarlos y cuidarlos. No te espantes si ves una infinidad de espíritus en este mundo al cual vamos a llegar.

Por primera vez Aritmético me tuteaba y eso lo consideré como una demostración de mayor amistad, sobre todo en las circunstancias en que me hallaba en esos momentos, o sea en un mundo desconocido en el cual Benedetto hacía de guía.

Llegamos a una gran ciudad en un día claro donde divisamos a la gente en sus actividades cotidianas. Rodeando a todos esos seres humanos había otro tipo de personas que yo las veía borrosas o transparentes y que seguían a los habitantes de la ciudad a todas partes. Ellos eran capaces de atravesar los obstáculos naturales que se presentaban en su desplazamiento. Así, si un individuo iba de una habitación a otra abriendo y cerrando una puerta, este otro

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

atravesaba la pared sin dificultad, y, más asombroso aún, nosotros podíamos hacer lo mismo, como si las estructuras sólidas estuvieran hechas de aire o agua. Era increíble cómo podíamos atravesar fácilmente los edificios y observar lo que pasaba en su interior.

-Eso es posible porque hemos cambiado el trayecto rotatorio de los “supraquantas”- me expresó Benedetto- y también nos permite ver la presencia de todos esos espíritus invisibles que existen en la vida real pero no alcanzamos a darnos cuenta de ellos al no poder captarlos con nuestros sentidos en la vida terrestre, solamente algunos notables mediums y santos pueden hacerlo.

-¿Cuál es el motivo de estar ellos cercanos a los seres vivos?

-Su finalidad es guiar y proteger a los que ellos aman, pero, ¡cuidado! También hay espíritus malignos que, como la cizaña que crece junto al trigo bueno, también estos espíritus provocan daño a los humanos. Es el eterno devenir del bien y del mal, entremezclados en el quehacer de los hombres.

Atravesamos la ciudad y llegamos a un inmenso valle verde rosado, donde un cielo sin nubes ni sol ni estrellas se nos mostraba a nuestra vista como un misterioso océano insondable en cuyas aguas navegábamos a una impresionante profundidad.

De improvviso, en este espacio crepuscular infinito vimos una estrella errante que aparentemente caía lenta a nuestra vista pero que se desplazaba a una tremenda velocidad.

-¡Qué visión grandiosa! Exclamé sobrecogido ante esa escena de tanta belleza.

-Esa estrella luminosa tan lejana que vemos pasar- explicó Benedetto- es un ángel que lleva un mensaje desde los estratos supremos hacia la Tierra.

Cuando la luz rutilante se alejaba, me pregunté cuál sería el mensaje que llevaba ese ángel. Probablemente era un mensaje de paz y de antidestrucción. En esos pensamientos estaba, cuando Benedetto me anunció que descenderíamos hacia el valle porque según sus cálculos estábamos cerca de la Quebrada de la Ancianidad, y él tenía curiosidad por conocerla. Me invitó a explorarla y yo acepté, ¿qué otra cosa podía decir al encontrarme inmerso en un mundo ilimitado y totalmente desconocido para mí?

Descendimos hacia este valle rosado verdoso y volamos muy cerca de la superficie como dos veloces aves migratorias. Debajo de nosotros apareció una grieta que se fue profundizando a medida que avanzábamos por ella. La grieta se transformó en una gran quebrada a cuyos lados la limitaban inmensas montañas, sin nieve ni vegetación alguna. La quebrada se ensanchaba cada vez más hasta transformarse en una formidable excavación con fondo plano, similar a la huella dejada por un glaciar.

En este sobrecogedor paisaje detuvimos nuestro vuelo, caímos de pie y empezamos a caminar. El terreno descendía

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

lentamente hacia las profundidades. Ambos lados de las montañas estaban suavemente iluminadas por una luz crepuscular.

-¿Adónde vamos? Me atreví a preguntar.

-Estamos en la Quebrada de la Ancianidad- me respondió Benedetto. No sé cual es el final de este lugar y tengo interés por conocerlo. Diciendo esto echó a andar con un paso franco y atlético que me costó bastante seguirlo.

Caminábamos en silencio y presurosos, como si fuéramos a perder el tren. A medida que avanzaba empecé a sentir una débil fatiga en las piernas que invadió todo mi cuerpo. Me di cuenta de que mi agudeza visual disminuía y perdía el equilibrio. Temí quedar rezagado y apuré el paso pero esto era casi imposible porque la agilidad del cuerpo había desaparecido. Observé a mi compañero y noté con asombro que su cuerpo estaba agachado y arrastraba los pies. Se detuvo acezando y al volver su rostro hacia mí vi con espanto que era el rostro de un viejo con larga barba blanca.

-¡No puedo más! Me dijo con voz cascada, y agachándose cogió una rama seca que había en el suelo. Apoyándose en ésta, como si fuera un bastón, continuó avanzando lentamente, cada vez más tembloroso y encorvado. Entonces me di cuenta de que yo estaba en esa misma condición física.

-¡No sigas avanzando! Le grité con voz ronca y áspera. ¡Benedetto! ¡Retrocede, que vamos a morir!

Benedetto vaciló, trémulo. Costosamente dio media vuelta y llegó rengueando hacia mí. ¡Vamos! Me dijo con voz temblorosa al pasar a mi lado. Regresemos al punto de origen antes de que nos transformemos en polvo. Así lo hicimos, costosamente en un principio, después con más fuerza y agilidad llegamos al punto de partida. Nuevamente éramos lo que habíamos sido. Entonces Benedetto, lanzando lejos el palo que le había servido de bastón, echó a reír y se puso a brincar de gozo al constatar que estábamos tan jóvenes como al inicio de nuestra aventura por la misteriosa quebrada.

-Está bueno por ahora- comentó alegre. ¡Regresemos!, y dando el brujo un par de palmadas, me encontré sentado en el techo de mi casa bajo una noche estrellada mirando a Sirio.

Bajé por la escala y me fui a dormir.



Llegó a mi casa en bicicleta.

-Iremos a la tela de cebolla de la felicidad- me dijo.

-¿Cómo llegaremos hasta allá? ¿Tendré que poner la escala nuevamente para llegar hasta el techo?

-No es necesario. Esta vez nos internaremos por el Sendero de la Alegría, en bicicleta. Te invito a viajar en mi bicicleta catalejo. Es

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

un invento en el que me inspiré al observar los planos astronómicos de mi amigo Alberti ; y bajándose de la bicicleta la agarró del asiento y del manillar y luego la estiró como si fuera un catalejo. La bicicleta se transformó en una de dos pares de pedales, dos manillares y dos asientos.

-Muy interesante el invento -respondí- pero yo tengo la mía en el garaje, iremos en dos bicicletas. Me agrada pedalear independiente, mirar el paisaje a mi manera y descansar cuando el cuerpo me lo pida.

-¡Está bien- dijo Benedetto. Espero que “no os arrepintáis”, y plegando su bicicleta la dejó como antes.

-No olvides que nuestro Señor Jesucristo le decía a sus apóstoles, que estuvieran alegres a pesar de los sufrimientos que iban a padecer, porque la felicidad del cielo era más importante.

Fui a buscar mi bicicleta al garaje y partimos por el camino hacia el bosque. Este trayecto lo hacía semanalmente con mi mujer cuando íbamos a abastecernos de comestibles en un almacén que estaba más allá del bosque, en un pueblo a la orilla del lago.

Cuando íbamos en la mitad del bosque, Benedetto se introdujo por un sendero situado a la izquierda del camino. Lo seguí pasando por encima de ramas secas y piedras y llegamos a un valle desconocido para mí. Era una hermosa pradera plena de flores silvestres y rodeada de suaves lomajes donde había primorosos

casas de estilo suizo alemán. Al fondo, majestuosas montañas cubiertas de nieve recortaban el cielo azul de una mañana esplendorosa. En esos momentos descendíamos con ligereza por un camino levemente inclinado y con suaves curvas. Las casas eran cada vez más numerosas y estaban rodeadas de lindos jardines que se unían entre sí. La belleza del paisaje impregnaba nuestros espíritus llenándolos de felicidad.

-¡Benedetto!-Le hablé en voz alta para que me oyera, debido a la buena velocidad que habíamos adquirido. Me dijiste que el invento de la bicicleta catalejo había sido inspiración de unos planos de Alberti. ¿Quién era ese Alberti?

-León Battista Alberti fue mi maestro, y también fue de Leonardo.

-¿Leonardo?

-Sí. Leonardo da Vinci.

Habíamos llegado a un camino horizontal que nos permitió pedalear pausadamente y conversar con tranquilidad.

-En aquella época éramos todos camaradas. Nos bañábamos en las cristalinas aguas de ese río colmado de riquezas artísticas y conocimientos científicos llamado Renacimiento. Acudíamos a beber a sus orillas y recogíamos nuevos conocimientos que posteriormente asombrarían a la historia venidera. Recuerdo a mis amigos: Marmocci, que se dedicaba a la astronomía. Poseía

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

delicados instrumentos de óptica, algunos de gran valía y muy extraños. A Toscanello, que, además de ser médico, era físico, astrónomo y geógrafo.

Alberti era extraordinario. Inventó sofisticados instrumentos, como la cámara óptica, creó una arquitectura simple y armónica. Descubrió dimensiones de un universo ignorado y soñaba vibrando con la belleza de las obras de la naturaleza y la de los seres vivientes que lo rodeaban. Muchas veces la contemplación de una hermosa vista lo sanó cuando padecía de alguna enfermedad.

Ese viejo sesentón con cara de pájaro, era un maestro para todos nosotros los jóvenes artistas. No se escapaba ninguna ciencia en la que él no se hubiera dedicado o sobresalido. Escribía versos de amor, tratados de pedagogía, manuales de moral, consejos sobre economía doméstica, etcétera. Era un destacado pintor, arquitecto y escultor. En fin, era un hombre completo. Uno de los tantos genios de esa época del “Quattrocento.” Fue mi maestro. Creo que gracias a sus investigaciones científicas y descubrimientos asombrosos estamos andando en este maravilloso paisaje que nos llena de placer.

En esos instantes estábamos llegando a un pueblo cuyas lindas casas estaban con las ventanas abiertas, y los habitantes, asomados a ellas, se veían gozosos. Todos ellos parecían conocernos y demostraban una gran alegría al saludarnos con las manos en alto. Asombrado ante este inesperado recibimiento, le manifesté a

Benedetto que la muchedumbre agolpada en las ventanas parecía conocernos, tal era mi impresión ante esta actitud inusitada.

-No te extrañes- me dijo Benedetto. Ellos son todos los buenos pensamientos que hemos tenido en nuestra vida. La mayoría de los pensamientos son míos ya que soy cinco siglos de más edad que tú, amigo Federico. Pero los niños que te saludan y hacen señas desde las ventanas adornadas con macetas con flores, son pensamientos de tu pertenencia que traducen tu alma todavía de niño.

-Observa como todos ellos han salido de sus casas y están siguiéndonos, también montados en sus bicicletas.

Eché rápidamente una mirada hacia atrás y vi un gentío de todas las edades que nos seguían acortando distancia, conduciendo bicicletas de todos los tipos, de las más antiguas, impulsadas con las piernas, otras con una descomunal rueda delantera y dos pequeñas atrás, y también las más modernas y conocidas. Todos reían y cantaban, nos rodearon y avanzaron formando un enjambre de gran alborozo. Nosotros reíamos y cantábamos también, contagiados por esta inmensa alegría que nos invadía.

Después de un tiempo se quedaron rezagados y se volvieron a sus casas.

Al fondo del valle, entre las nevadas montañas, inmensos y oscuros nubarrones anunciaban mal tiempo. Benedetto detuvo su andar y miró el horizonte tempestuoso con preocupación.

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

-Tenemos que regresar- dijo. Negros nubarrones avanzan hacia nosotros. Es el eterno equilibrio compensador... El equilibrio del péndulo, mientras más se aleja más vuelve.

Se aproximan nuestros malos pensamientos transformados en una espantosa tempestad ¡Corramos de vuelta! ¡De prisa!

Se escuchaban prolongados truenos y los relámpagos iluminaban la región. Un viento huracanado se aproximaba, y yo, pedaleando con todas mis fuerzas trataba de seguir a mi amigo que se adelantaba cada vez más.

Íbamos cuesta arriba por el camino, cuando un formidable alud venido de las montañas entró en escena despedazando cuanto había por delante y avanzaba hacia nosotros. Estaba exhausto, no podía continuar, y de pie con mi bicicleta al lado le grité a Benedetto que no podía seguirlo. Aritmético se detuvo, llegó pedaleando hasta donde estaba y desplegando su bicicleta catalejo gritó que me subiera. Partimos a gran velocidad bajo una lluvia torrencial. Fulgurantes rayos caían por doquier y la tierra temblaba al recibir el avance de una gigantesca avalancha de árboles, rocas casas despedazadas, nieve y barro.

-¡Pedalea! Me gritó. ¡Pedalea rápido! ¡Olvídate de tu cansancio!-. Cerré los ojos e hice lo que pude con el poco de fuerzas que restaban en mis piernas. Después llegó la calma.

Abrí los ojos. Estábamos llegando a mi casa y nos detuvimos

frente a ella.

-La aventura estuvo emocionante- comentó Benedetto, cansado y sonriente. Perdiste una bicicleta. No importa. Peor es perder el alma.

-¿Qué tiene que ver mi bicicleta con el alma? Pregunté.

-A buen entendedor pocas palabras- replicó Benedetto.

-¡Adiós! Nos veremos en un tiempo más. Exploraremos desconocidas telas de cebolla de las cuales no tengo experiencia alguna. Diciendo esto plegó su bicicleta y se fue por el camino hasta perderse de vista.

Me quedé meditativo. Entonces me di cuenta de que los malos pensamientos hacían daño al alma y enfermaban al cuerpo. Ese era el mensaje del mago Benedetto, referente al alma y mi bicicleta.



¿Cuánto tiempo pasó hasta ver nuevamente a mi amigo Benedetto Aritmético?

Pasaron las semanas y los meses y el mago no apareció.

¿Cómo llegará esta vez? Me preguntaba.

¿Montado sobre un ganso gigante? ¿Sobre un felino? ¿O quizás sobre una tortuga?

Ni lo uno ni lo aquello. Benedetto Aritmético se apareció

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

frente a mi casa con su sonrisa afable tan especial, de pie, sin siquiera un bastón.

-Buon giorno ¿bella mattina, eh?

-He pasado por este lugar para invitarte “se ti piace” a la más apasionante aventura. Mi interés es llegar a una de las últimas dimensiones, donde imagino que habitan los ángeles. ¿Qué te parece?

-No me parece- respondí. No deseo más aventuras ni tormentas.

-¡Vamos hombre!, no seas escrupuloso. Desata los miedos y prohibiciones de tu mente, esas mismas que trataron de encadenar mi gloriosa época.

-Me estás convenciendo-repliqué- pero ¿cómo viajaremos hacia allá? ¿También en bicicleta? No he comprado otra. Benedetto se puso a reír y dando un par de palmadas nos elevamos por los aires en forma de cisnes de cuello negro.

Volábamos a gran altura por encima de las blancas nubes. Nos dirigíamos a otra aventura en busca de una dirección totalmente ignorada por ambos.

Llegamos a unas capas de aire de intenso colorido que iban variando a medida que avanzábamos. Estábamos atravesando un inmenso arco iris que partía desde el horizonte del mar y terminaba en las nubes que sobrevolábamos. Era delicioso desplazarnos por

este mundo multicolor con la agilidad de un cisne. Atravesamos este cielo estupendo e inesperado y volamos hacia la luz. Era una luz blanca, brillante que invadía el cielo como si todas las gotitas de lluvia del arco iris se hubieran unido para formar un maravilloso color blanco resplandeciente.

El Sol no estaba presente en esos momentos cuando Benedetto me anunció que tendríamos que desprendernos de nuestro ropaje de cisne y volar sólo con nuestros espíritus. Más arriba ¡más, más, más aún! ¡Nuestras almas en ascenso se fundían con la luz blanca y continuábamos subiendo. La luz era cada vez más poderosa, entonces me sobrevino una extraña sensación de intenso amor y adoración por lo que había más arriba. Me di cuenta de que nos estábamos aproximando a dimensiones pertenecientes solamente a Dios y tuve miedo de llegar más allá porque no estaba preparado para ello. Me detuve y le grité a Benedetto que no siguiera, pero el mago pareció no escucharme y continuó su ascensión.

-¡Benedetto!- le grité. ¡Vuelve! ¡No estamos preparados! ¡Benedettoooo! ¡Regresaaaaaa!...

El alma de mi amigo se perdió en una luminosidad grandiosa y después vi algo que descendía vertiginosamente. Fue tan grande el pánico que, perdí la conciencia y sentí que yo también caía.

Con los ojos cerrados desperté teniendo la reconfortante sensación de haber tomado la decisión acertada de no continuar.

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

Estaba en mi cama y mi mujer tejía a mi lado.

-¿Cómo te sientes? Me preguntó.

-Bien. ¿Dónde he estado?

-Cuando salí de compras no estabas en la casa. Pensé que habías salido a dar un paseo. Cuando volví te encontré en la cama dando gritos, estabas muy asustado. ¿Qué pesadilla tuviste? Dabas chillidos como graznidos de pato.

-¿No habrán sido cantos de cisne? Murmuré sonriendo, tomándole la mano.

Le conté todo.

-No más aventuras con tu amigo- me respondió con cariñosas palabras. Tenemos que recoger cerezas para la hora de almuerzo, e ir al huerto a buscar papas y lechugas.

En la noche escuché la radio para oír las noticias. Una de ellas me impactó de sobremanera: En la carretera habían encontrado el cadáver de un hombre cuya rara vestimenta había llamado la atención a la policía. Al parecer había sido atropellado en la ruta porque su cuerpo estaba con grandes y mortales contusiones. Vestía de negro, usaba un sombrero alón y botas de cuero. Había sido llevado a la morgue de la ciudad para practicarle la autopsia...

¡Era Benedetto! No cabía duda alguna. La autopsia no iba a aclarar el tremendo costalazo que había sufrido mi compañero por averiguar lo que había en las cercanías del cielo.

A la mañana siguiente partí a Puerto Montt para reconocer y retirar el cadáver. La autopsia no se había efectuado aún. No encontré al médico forense pero sí, acompañaban al cadáver tres raros personajes. Usaban largas capas y anchos sombreros. Uno de ellos tenía una boina de terciopelo negro adornada con una joya de brillantes.

-Somos sus amigos- dijeron como presentación. En esos momentos el cadáver abrió un ojo y sonrió.

Ante mi asombro saludó a todos:

-¡Marmocci! ¡Toscanello! ¡Maestro Alberti!...¿Qué hacen aquí?

-Hemos venido a rescatarte para que no te hagan la autopsia- respondieron ellos.

Benedetto se levantó, se vistió y calzó sus botas. Luego, todos tomados de las manos, inclinándose en un gracioso saludo hacia mi persona, salieron volando a través de la abierta ventana.

-Te agradezco tu visita- oí una voz en mi interior. Pero recuerda que nací en el 1.400 y aún no ha llegado mi hora.

Regresé a casa consternado, mas, pronto llegó la calma a mi espíritu.

A Benedetto Aritmético nunca más lo volví a ver.

Pasaron los años y un día llegó una carta a mi domicilio que decía lo siguiente:

EL BRUJO ARRIBA DEL TEJADO Y LAS TELAS DE UNA CEBOLLA

Estimado amigo Federico:

Probablemente no has olvidado las aventuras que pasamos juntos en las metafísicas telas de la gran cebolla de la eternidad. La falta de noticias sobre mi persona se debe a que Sirio cambió su línea angular magistral y ella ya no llega al techo de tu casa sino a Aquisgrán. Debido a ello he emigrado hasta esta ciudad donde continúo con mis investigaciones. Cascarina te manda un cariñoso saludo. Si pasas algún día con tu esposa por Aquisgrán, vengan a visitarnos. Disfrutaremos de vuestra compañía y de una deliciosa sopa de papas con huevo y cebollas.

Cordialmente B. A.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.